

absurdo, como objetivando el dogma católico ante la pupila de los indios; la irradiación del arte cuzqueño que a través de todo el Perú llegó a influir en las escuelas quiteñas de pintura en el siglo XVII; la biografía de algunos pintores de El Cuzco que trabajaron en otras ciudades del Virreinato como Lima y Santiago de Chile.

Y las hermosas ilustraciones del libro invitan a una interpretación más lograda. Dentro de la limitación de sus medios técnicos, la pintura cuzqueña conoció no solamente el retablo religioso sino también el grupo y la pintura de costumbres. Cuadros que representan las bodas de algún magnate colonial; una suntuosa procesión por las estrechas y amuralladas calles de la ciudad, seguida de buen acompañamiento de indios con sus trajes e instrumentos musicales típicos; cuadros de «milagros» donde florece una ingenua fantasía; las abracadabrantas representaciones del Infierno en las iglesias jesuíticas, que contrastan con la humildad de los temas franciscanos, todo ello nos serviría para una reconstrucción animada del espíritu colonial. Y el medioevalismo de este Arte donde en pleno siglo XVI y comienzos del XVII continuaba la tradición de la Edad Media española. El barroco llega a la América colonial sin el tránsito obligado por el Renacimiento. Así la pintura colonial es más expresiva que formal; el barroco agrega más patetismo y retorcimiento a una tradición que puede emparentarse con la de los primitivos de la Edad Media.

Temas de gran interés para un estudio orgánico de nuestra Cultura colonial que se mantienen todavía vírgenes.—*Mariano Picón-Salas.*

BIOGRAFIA

EUGENIA DE GUZMÁN, EMPERATRIZ DE LOS FRANCESES, por el Marqués de *Villa-Urrutia.*

Este libro (1) no corresponde al espíritu de la serie —*Vidas españolas del siglo XIX*— en que está incluido. No puede calificarse de biografía novelada; tal vez no merezca siquiera la denominación de biografía. Con él incurre su autor en un segundo pecado del mismo género, ya que *El General Serrano* adolecía de idéntico defecto. Y no es esto lo único. Su clasificación bibliográfica corresponde a la crónica periodística, más o menos exactamente; en tanto que la crítica da como sus rasgos dominantes la pesadez y la superficialidad.

Nada vive en esta obra. Ni siquiera la época que se pretende resucitar en ella. El Marqués de Villa-Urrutia, diplomático de profesión, consagra muchas páginas al estudio de la política internacional, sin la profundidad del jurista y con el atrevimiento de un redactor de vida social. Baraja muchos nombres altisonantes, campechanamente se refiere a sus dueños, relata con minuciosidad ciertas actuaciones de ellos; pero no revela juicio crítico ni solidez de conocimientos. Pudo, con el sistema que se propuso, haber

(1) Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1930.

dado sensación de totalidad, destacando la figura central por contrastes. En cambio, no hace más que copiar las noticias publicadas en los diarios de la época, acotándolas con recuerdos personales, de muy escaso interés, y con esa reticencia antipática de todo snob insuficiente que ha tratado con grandes personajes en épocas trascendentales. Todo lo cual está realizado en el libro con un estilo que merece el rencor de los lectores.

Anotemos un error grave, en la portada. La Montijo no puede ser denominada Emperatriz de los franceses; porque este título, ni era el suyo oficialmente, ni le fué asignado cariñosamente por sus súbditos. Por el contrario, la alianza matrimonial le deparó un Imperio en donde siempre se le hizo sentir su condición de extranjera y se miraron mal sus intromisiones políticas. Si fué la Emperatriz de Francia, no logró serlo de los franceses. Villa-Urrutia no lo ignora y deja constancia de ello en algunas páginas del libro; pero señala en la portada una posición psicológica falsa.

Muy sensible es que una obra de tan escaso valor histórico, crítico y literario haya sido consagrada a la memoria de un personaje a quien prestan tanto relieve la idiosincrasia romántica, la dualidad de patrias, la época en que actuara y la psicología de quienes le rodeaban. Lástima también que a la pluma del diplomático fino y culto asome aquello que llama Ortega y Gasset el mal de los españoles: la chabacanería. Lo decimos entre otras

cosas por la frase final del libro: *..sirva este ensayo de homenaje rendido, con respeto a la verdad, a la rica hembra española que fué Emperatriz de los franceses.*—F. Ortúzar Vial.

HISTORIA

EL TESTIMONIO DE JUAN PEÑA, por Alfonso Reyes.

En nuestra literatura americana no abunda el problema moral, la situación ética del hombre ante los sucesos, los seres y las cosas. Estamos todavía en la era del instinto y la descarga de ese instinto: aventura o pasión colma las páginas de nuestros libros literarios. Exponerlo no constituye reproche, pues esta forma de expresión es la que quizá conviene a nuestro estadio cultural, a esa cantidad de realismo no revelado que se agita en el subsuelo de nuestra vida americana. En este sentido los novelistas nos sirven más que esos historiadores de lo externo, tan frecuentes en nuestras tierras.

Pero hubo en México... Se reveló en México allá por el año 10 u 11, una generación que surgida en el ocaso de la larga dictadura porfirista, tuvo como tema de contemplación aquello que el materialismo de la tiranía no había considerado. Esa tiranía (como todas) quiso resolver el problema del pueblo apuntando al estómago y esperando supersticiosamente que el avance de una técnica transformadora (seis o siete mil kilómetros